

La lógica de investigación y la representación historiadora: entre ciencia y literatura

En este capítulo pretendo analizar los diferentes esfuerzos que se dieron por objeto replantear el estatuto del saber histórico pero en un marco de deslegitimización de la epistemología tradicional. El problema, que fue paulatinamente aislado, consistió en cómo describir la disciplina sin recurrir al expediente de la teoría del conocimiento, pero al mismo tiempo, sin caer en el extremo opuesto, es decir, en una visión alejada de los procesos cognitivos específicamente históricos. En otras palabras, delimitar la forma de este campo de saber más allá de los dos principios que habían establecido un tratamiento fuertemente normativo y del modelo general de carácter epistemológico que se le buscó aplicar. Pero el mentís a estos dos principios no podía conducir a un planteamiento que obstaculizara la adscripción de la historia al campo científico. El problema era que la adscripción científica de la historia sólo podía ser establecida desde esos dos principios y desde el marco general. Ello condujo a una discusión sobre el saber histórico que tendió a vulnerar su marco tradicional de fundamentación teórica.

Aun cuando se presentó un último intento por vincular a la historia con la forma de la explicación científica por excelencia, intento llevado a cabo por el neopositivismo lógico, el resultado no se redujo a discutir simplemente los términos de la disyuntiva, es decir, si la historia es ciencia y bajo qué términos o no es ciencia y por qué. La reflexión posterior aportó una superación precisamente de esta disyunción. En su desarrollo llegó a plantear que la labor de fundamentación debía recoger una perspectiva histórica, siendo ésta la única posibilidad de dar cuenta de lo que la historia es como disciplina. Ello exigió tomar como punto de partida la naturaleza de la investigación histórica, esquivada una y otra vez por los requerimientos epistemológicos. Tres cuestiones se fueron revelando. Primero, la descripción de la historia supone dar cuenta de la matriz disciplinar que la sostiene, e involucra el campo social y las formas de la operación y de la praxis que se produce en su interior. Esto sustituyó a la problemática del sujeto cognitivo trascendental.

La segunda cuestión es replantear la naturaleza de las representaciones historiadoras. Tomando como vía la cuestión de la escritura de la historia, fue emergiendo su característica central, esto es, la estructura narrativa que gobierna los discursos historiográficos. Por supuesto, la condición para este replanteamiento fue alejarse de la cualidad representativa que permitía valorar su rango de objetividad; ello se expresó como un resurgimiento de la literatura en el plano escriturístico del saber histórico. La tercera cuestión es el reconocimiento de las nuevas atribuciones teóricas de la historiografía. De ahí que la fundamentación de la disciplina adquiera perfiles de autodescripción y cuyo territorio problemático está delimitado por los dos primeros puntos. Lo que se pretende demostrar en este capítulo es que estos elementos conforman una plataforma epistemológica de la historia de naturaleza diferente a la anterior. Por tanto, se presenta necesario aclarar los contenidos y los límites de un nuevo concepto de epistemología. Tal trabajo se presenta como preparatorio para aclarar la función de la metáfora en el trabajo cognitivo de la ciencia histórica, pues sólo por medio de esta nueva acepción pueden ser delimitadas aquellas cualidades que tienen lugar en la base disciplinaria.

Explicación científica y saber histórico

Ankersmit afirma que lograr una comprensión más abarcante de lo que la historia es requiere de un enfoque que suprima toda consideración epistemológica respecto del conocimiento del pasado. Tomando en consideración que la filosofía anglosajona de la historia se ha mostrado inmune a la transformación historicista de la filosofía de la ciencia (transformación que describí en el capítulo anterior), ha llegado el momento de forzar un cambio de orientación. Ese cambio está representado, en opinión de Ankersmit, por una filosofía de la historia narrativista que es, para todo efecto teórico y práctico, antiepistemológica.¹ Este efecto se explica porque la escritura de la historia ha

¹ “¿Quién no estaría consciente de la profunda medida en que la filosofía de la ciencia se ha historizado desde Kuhn? De una manera o de otra, los filósofos de la historia se las han ingeniado para ignorar por completo este cambio de frente en la filosofía de la ciencia. Por extraño que resulte, la filosofía de la ciencia contemporánea es mucho más historicista que la filosofía de la historia, con la excepción, por supuesto, de la tradición narrativista antiepistemológica desde White.” F. R. Ankersmit, *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*, traducción de Ricardo Martín Rubio Ruiz, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, 470 p., p. 149.

pasado a tener un interés prioritario en el orden de la disciplina, cuestión que ha sido o, bien, esquivada por las posturas teóricas tradicionales o, en el mejor de los casos, circunscrita al marco de aquellas consideraciones lógicas que deben cubrir las representaciones científicas. La corriente anglosajona interesada por la historia ha centrado su atención en la naturaleza de la explicación histórica y en el tipo de leyes generales de las que echa mano. Debido sobre todo al predominio del empirismo lógico, esta filosofía crítica se presenta como una reflexión sobre los juicios emitidos por los historiadores y los criterios de verdad que le pueden ser aplicados. Por ello es una derivación de una vertiente filosófica más general: la filosofía analítica.

Pero a diferencia de ésta, la filosofía de la historia anglosajona pareciera tener más resistencia a las implicaciones del *giro lingüístico*. No es una filosofía del lenguaje que busque analizar a la historia a partir del tipo de construcciones lingüísticas que le dan forma. Porque ha reducido la discusión sólo a la aplicabilidad de un esquema lógico de las proposiciones historiadoras y al proceso deductivo que las conecta a leyes generales, terminó incapacitada para abordar esa dimensión más importante de las representaciones producidas por los historiadores: la escritura de la historia.² Mientras que, en una vertiente diferente, asumir la estructura narrativa que predomina en esas representaciones consiste en llevar los postulados de la filosofía del lenguaje (digamos que la filosofía analítica después de Wittgenstein) al campo de la historia, y, por tanto, superar las limitaciones inherentes a los tratamientos epistemológicos. De ahí que, para este autor, existan al respecto dos tipos de posturas claramente diferenciadas: la filosofía de la historia epistemológica y la filosofía de la historia narrativista.

El dilema que plantea la presencia y el enfrentamiento de estos dos enfoques dominó gran parte del panorama del siglo XX. Hay que precisar que por filosofía de la historia epistemológica se entiende esa reflexión que busca aclarar los contenidos y el procedimiento científicos de la historia, pero donde el problema central que se debate no pertenece a la particularidad de la disciplina. Esto es, la discusión sobre qué tipo de conocimiento produce la historia viene a ser sólo una etapa en una discusión más general sobre el conocimiento científico y sobre la pertinencia de los tratamientos teóricos. El problema general es de orden filosófico; más precisamente, atañe al ámbito de una filosofía de la ciencia no transformada todavía por la radicalidad del giro lingüístico y para la cual el paradigma dominante sigue siendo el ejem-

² *Ibid.*, p. 95.

plo aportado por el lenguaje significativo de la ciencia. El centro de la cuestión tenía que ver con las consideraciones positivistas respecto de la unidad del conocimiento científico más allá de su aplicación a esferas de realidad diferenciadas, por ejemplo, el conocimiento de la naturaleza o el de la sociedad, el que es posible establecer en el mundo físico o aquel que corresponde a los fenómenos culturales. Si era posible aclarar los contenidos propiamente científicos del saber histórico, entonces “se justificaría la pretensión positivista respecto de la unidad de toda la investigación científica y racional”.³

La reconstrucción racional de nuestro conocimiento, dada desde el núcleo constitutivo común, legitimaría, además, a la filosofía de la ciencia como una disciplina fundamental, la única capacitada para llevar a término esa reconstrucción racional. Tratando de mantener a raya al historicismo por medio de la delimitación del núcleo constitutivo común del conocimiento, la filosofía se encontraba en disponibilidad de establecer cuáles criterios eran los adecuados para juzgar las pretensiones de cada disciplina. Finalmente ella determinaba qué disciplina podía ser considerada ciencia y qué otra no cumplía de manera estricta con los criterios.⁴ Éste era el propósito de la filosofía de la historia epistemológica: medir cómo y de qué manera la historia cumplimentaba los rangos de exigencia del conocimiento científico y, al hacerlo, demostrar cómo en un espacio marginal (la historia) se expresaba el núcleo constitutivo común de toda labor cognitiva. En tal sentido, esta filosofía no partía del ideal de historia, o sea del modelo general epistemológico de la historia, con el fin de describir cada uno de los procedimientos metodológicos y teóricos propios de la disciplina, entre ellos la producción de representaciones escriturísticas del pasado, sino en asegurar la extrapolación del modelo del conocimiento natural hacia el territorio de las ciencias *blandas*. De ahí que los criterios que fue delimitando tenían que ver con aquellos que la filosofía de la ciencia identificó previamente en el campo del conocimiento natural. Según W. H. Walsh estos criterios son materia de deducción a partir del concepto mismo de ciencia:

Aplicamos la palabra “ciencia” al conocimiento que *a)* se adquirió metódicamente y está sistemáticamente relacionado; *b)* consiste en un cuerpo de verdades generales o por lo menos lo contiene; *c)* nos permite hacer predicciones acertadas y en consecuencia controlar el

³ *Ibid.*, p. 100.

⁴ Richard Rorty, *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, traducción de Jesús Fernández Zulaica, Madrid, Cátedra, 1983, 355 p., p. 248.

curso futuro de los acontecimientos, en alguna medida al menos; d) es objetivo, en el sentido de que todo observador sin prejuicios debería admitirlo si se le presentasen las pruebas, cualesquiera que fueran sus predilecciones personales o sus circunstancias privadas.⁵

Cabe hacer notar que en el punto “b” de esta relación se encuentra la consideración de que las verdades de las que trata la ciencia se refieren a verdades universales que se expresan en proposiciones susceptibles de verificación o confirmación estándar. Teniendo presente estos criterios, la labor de la filosofía de la historia consiste en determinar de qué manera el saber histórico cumple con cada uno de ellos y puede, en consecuencia, ser considerada ciencia. Se entiende que a la falta de alguno de estos criterios su calificación final se ve seriamente afectada. Un examen de este tipo no consiste, por tanto, en autodescribir desde los límites disciplinarios el conjunto de prácticas que llevan a cabo los historiadores y que terminan en representaciones discursivas. Precisar los alcances metódicos del conocimiento histórico, su sistematicidad, el conjunto de verdades que se expresan en leyes generales y, finalmente, su grado de objetividad, se resumen todas ellas en el problema de la explicación histórica y su grado de coincidencia con la explicación científica en general. Sobre tal problemática giró la discusión en la filosofía anglosajona de la historia y dio origen a dos clases de posturas que, no obstante sus divergencias, reconocían una misma base problemática.

Los criterios señalados por Walsh tomaron concreción en lo que Ankersmit llama el *modelo de la ley aclaratoria* (MLA) y que resulta análogo al modelo nomológico deductivo de corte neoempirista. Articulado sobre la cualidad de la explicación científica fue discutida su aplicación al conocimiento histórico, o bien desde una perspectiva claramente positivista, o tomando seriamente en cuenta la divergencia que presentaba la historia respecto del MLA. En el primer caso, encontramos una orientación que puede resumirse en los trabajos en que Hempel trató de dirimir la aplicación del modelo al conocimiento histórico.⁶ En el segundo se ubican los discípulos de Collingwood compartiendo las bases de lo que Olafson denominó *hermenéutica analítica*, y

⁵ W. H. Walsh, *Introducción a la filosofía de la historia*, 9a. edición, traducción de Florentino M. Torner, México, Siglo XXI, 1980, 256 p., p. 38.

⁶ Cfr. Carl Gustav Hempel, *La explicación científica. Estudios sobre la filosofía de la ciencia*, versión castellana de M. Frassinetti de Gallo, Buenos Aires, Paidós, 1979, 485 p. Y también, “La explicación científica en la ciencia y en la historia”, en C. G. Hempel et al., *Teoría de la historia*, compilación de Corina Yturbe, México, Terra Nova, 1981, p. 31-64.

aunque pudiera parecer inconveniente situarla en la misma esfera epistemológica debido a su pertinaz idealismo, su bifurcación se entiende sólo a partir de la misma interrogante asumida por la primera: ¿cuáles son las bases justificadas de la explicación histórica?⁷ Para Ankersmit el carácter epistemológico de ambas posturas es innegable, lo que termina inhibiendo la capacidad de acceder reflexivamente al problema de la narrativa como parte constitutiva del conocimiento histórico. Éste es precisamente el límite que comparten.

Por su lado, el modelo hempeliano adoptó como tesis central el que las leyes generales expresadas en proposiciones cumplen, o más bien, deberían de cumplir, la misma función en las ciencias naturales que en la historia. Esta función es deductiva ya que los acontecimientos históricos singulares encuentran su explicación causal al subsumirlos a leyes generales, es decir, al incluirlos en un marco de regularidades aunque sean hipotéticamente planteadas. Es la misma forma, planteó Hempel, en que los fenómenos naturales singulares son explicados deductivamente. El argumento consiste en mostrar que un acontecimiento singular es susceptible de deducción lógica a partir de dos premisas. La primera se encarga de describir hechos particulares que se toman como situaciones antecedentes o condiciones iniciales (C_1 , C_2 ..., C_k). La segunda premisa se refiere a “uniformidades expresadas por leyes generales” (L_1 , L_2 ..., L_r). Estas dos premisas constituyen el *explanans*.⁸ Mientras el acontecimiento que se quiere explicar (“E”) puede ser deducido si las dos premisas del *explanans* son formuladas convenientemente, es decir, si no existen errores lógicos en las premisas.

No hay errores lógicos cuando se verifican empíricamente las situaciones antecedentes, si las uniformidades corresponden realmente a leyes generales y si se encuentran vinculadas adecuadamente las premisas y la conclusión. El acontecimiento “E” consiste propiamente en la conclusión que se sigue de las premisas y es el enunciado que describe al acontecimiento denominado *explanandum*. El argumento es gráficamente mostrado por Hempel de la siguiente forma:

⁷ “La naturaleza epistémica de la hermenéutica analítica es particularmente pronunciada. Como demostraron Van der Dussen en su disertación y Meiland en un admirable librito, la teoría de la recreación de Collingwood fue en su origen una respuesta a la pregunta epistemológica referente a cómo es posible el conocimiento histórico (en pocas palabras, la respuesta se resume como sigue: el conocimiento histórico es posible porque al recrear los pensamientos del agente histórico, esos pensamientos se traen al presente y pueden así investigarse aquí y ahora).” F. R. Ankersmit, *op. cit.*, p. 104. Mientras que la vertiente neopositivista, agregó yo, responde que el conocimiento histórico es posible porque se adecua a la forma de la explicación científica, como todo conocimiento posible.

⁸ Carl G. Hempel, “La explicación en la ciencia y en la historia”, *op. cit.*, p. 33.

$$\frac{C_1, C_2, \dots, C_k}{L_1, L_2, \dots, L_r}$$

E

“Al tipo de explicación así caracterizado lo llamaré [escribió Hempel] *explicación nomológico-deductiva*, en tanto viene a ser una subsunción deductiva del *explanandum* bajo principios que tienen el carácter de leyes generales; en tanto que responde a la pregunta: ¿‘Por qué ocurrió el acontecimiento-*explanandum*’?”⁹ En cualquier caso y por obra del modelo, toda respuesta debe mostrar que dicho acontecimiento resultó de las condiciones antecedentes especificadas y combinadas con leyes generales aplicadas al caso; por eso se le conoce también como modelo de la ley aclaratoria. Ahora bien, este modelo expresa el ideal de ciencia empírica y resume los criterios señalados por Walsh, es decir, conocimiento metódicamente obtenido, sistematicidad, leyes generales y objetividad como conocimiento verificado. Pero también incluye la cualidad predictiva de la ciencia empírica, donde esta cualidad se conecta a la deducción lógica operada entre *explanans* y *explanandum*, es decir, señala que, en todos los casos en que se presenten ciertas condiciones antecedentes y combinadas con leyes generales aplicadas al caso, necesariamente se presenta la ocurrencia del acontecimiento “E”. El dictamen hempeliano sobre la incapacidad de la historia por cumplir con el proceso de derivación lógica que permite explicar un acontecimiento singular, se debe a que no encontró en la disciplina la premisa de regularidades expresadas en leyes generales.

De la explicación débil, la cuasi explicación, hasta los esbozos de explicación, Hempel señaló una especie de déficit que aleja a la historia del ideal aceptado de ciencia. Como hemos visto, el modelo nomológico deductivo, que subsume lo singular a leyes cada vez más englobantes, introduce factores explicativos por medio del establecimiento de relaciones causales entre acontecimientos; esta situación es la que no se produce en el caso del saber histórico. Aun cuando introduce una forma de explicación *genética* y otra por *razones motivadoras*, la pretensión va en el sentido de cubrir la insuficiencia que presenta la historia y que la aleja definitivamente, según Hempel, de la norma ideal. Al descubrir que gran parte de las tesis o hipótesis que utilizan los historiadores provienen de la economía, de la sociología o de la ciencia política, y que otras consisten en afirmaciones no justificadas, Hempel se topa con la estructura narrativa como el espa-

⁹ *Ibid.*

cio deficitario de la historia. Es ella la que impide su adscripción al modelo científico de explicación al no poder ser reconducida a una lógica deductiva y conceptual. En ese sentido, el estudio que Hempel le dedicó a la historia bien puede ser visto como uno de los últimos intentos de matizar un ideal de objetividad científica que supuso eliminar una serie de operaciones utilizadas por los historiadores, pero que no coincidían con los procedimientos asépticos de la ciencia. Por fuera de la concesión que se vio obligado a realizar, Hempel rehusó reconocer valor epistemológico a procedimientos que se fundaban en la empatía, la comprensión o la interpretación, ya que en su opinión nada tenían que ver con la naturaleza del objeto histórico.

Después de Hempel los seguidores del modelo nomológico deductivo se dieron a la tarea de disminuir las diferencias existentes ente el modelo y los rasgos particulares del conocimiento histórico.¹⁰ Lo que siguió, y por la vía de un debilitamiento cada vez más pronunciado del modelo, fue la admisión de que la explicación histórica funciona de manera diferente a como lo hace la explicación en las ciencias naturales, esto es, no debe ser juzgada aquélla por criterios normativos tan exigentes puesto que se debe tomar como base de todo análisis los criterios que dependen de su singularidad. Si el debate filosófico en este punto tendía a buscar ejemplos que demostraran la pretendida unidad del conocimiento científico, la historia terminó aportando un contraejemplo que sólo podía ser razonado en términos positivos, no como déficit explicativo, a condición de romper con la base normativa del modelo, es decir, con el supuesto de que sólo hay una forma de explicación científica. Una parte importante de las objeciones formuladas al modelo de la ley aclaratoria provino de la hermenéutica analítica.

Acción intencional e inferencia histórica

Ankersmit sostiene que esta vertiente se diferencia claramente de la hermenéutica alemana por el hecho de que aborda el problema de la explicación de la acción humana intencional, mientras la segunda se atiene a la cuestión del texto y su interpretación. Pero también los objetivos

¹⁰ "Tras Hempel, los partidarios del modelo nomológico se han propuesto fundamentalmente la tarea apologética de minimizar las discordancias entre las exigencias del modelo 'fuerte' y los rasgos específicos del conocimiento histórico de hecho. El precio pagado ha sido el 'debilitamiento' del modelo para asegurar su viabilidad." Paul Ricoeur, *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*, traducción de Agustín Neira, México, Siglo XXI, 1995, 371 p., p. 200.

son distintos: mientras que los discípulos de Collingwood sostenían que la acción puede alcanzar explicación científica aclarando las intenciones de los sujetos, la tradición alemana de la hermenéutica hasta Gadamer no ve el pasado como fuente de datos sino de significados mediados textualmente.¹¹ La marcada consistencia epistemológica de la hermenéutica analítica resulta evidente, y ello le viene precisamente de la problemática abierta por Collingwood. No debe causar extrañeza que aquí se combinen una decidida línea idealista con la preocupación por alcanzar la base epistémica del conocimiento histórico; hemos visto, en los capítulos anteriores, cómo se han combinado los requerimientos empíricos con cualidades de origen trascendental sin menoscabo para la filosofía de la ciencia, por lo menos hasta que se superaron las bases reflexivas que la alimentaban. Ello significó que el intento de Collingwood por elaborar una concepción científica de la historia se distanciara del modelo nomológico pero sólo hasta cierto punto.

Tal distancia se aprecia si tomamos en cuenta las dos proposiciones básicas aportadas por este autor. Primero, el interés del conocimiento histórico está puesto en la esfera de la experiencia humana y en el pensamiento que le da origen. Segundo, el entendimiento que logra es posible porque el historiador se encuentra en disposición de captar la naturaleza interior de los acontecimientos históricos, al recrear los pensamientos de los sujetos que los actuaron.¹² Por supuesto la conexión con Dilthey salta a la vista. Las ciencias del espíritu se singularizan por dirigirse a su materia de estudio desde adentro ya que, en tanto se circunscriben a la experiencia humana, ellos son objeto del compartir directamente *vivido*. Y lo que puede ser *vivido* directamente son aquellos rubros de la experiencia humana en sentido amplio: sentimientos, emociones, pensamientos, razonamientos. Collingwood se atiene a la consideración de Dilthey, aunque sostuvo que lo que resulta materia de reconstrucción histórica son los pensamientos y no el fondo de emociones y sentimientos que no alcanzan materialización expresiva.

Pero incluso los historiadores se ven obligados a discriminar entre actos de pensamiento, de tal modo que la recreación sólo se refiere

¹¹ “La hermenéutica alemana quiere queelijamos una posición ventajosa fuera o encima del pasado en sí; la hermenéutica anglosajona requiere que penetremos siempre más profundamente en el pasado. Es una característica de la hermenéutica alemana —en especial Gadamer— su marcada indiferencia a la llamada *mens auctoris*, mientras la ‘hermenéutica analítica’ no tiene otro objetivo que reconstruirla.” F. R. Ankersmit, *op. cit.*, p. 103-104.

¹² Mary Fulbrook, *Historical theory*, London, Routledge, 2002, 228 p., p. 124.

a aquellos actos autoconscientes, las formas internas del pensar reflexivo e intencional que se expresan en conductas externas. Las acciones de los hombres en el pasado se tornan inteligibles cuando el historiador tiene a la mano pruebas o descripciones de su realización y a partir de ellas se puede inferir el proceso intencional hasta el pensamiento racional que las originaron. Según Collingwood, “todo lo que se necesita es que haya pruebas de cómo se ha realizado ese pensar y que el historiador sea capaz de re-crear en su propia mente el pensamiento que estudia, representándose el problema donde se originó y reconstruyendo los pasos por donde se intentó darle solución”.¹³ Por tanto y a diferencia de lo que pasa en el mundo físico, la acción humana es materialización externa de contenidos internos racionales, es, pues, acción motivada por razonamientos de carácter práctico. Esto quiere decir que la explicación histórica se articula a partir de inferencias, que tienen su base en el mundo de la experiencia y son compartidas por todos, tanto por el historiador como por los sujetos históricos, por eso es posible recrearlas a pesar de que no son observables directamente.

Precisamente, los discípulos de Collingwood pusieron el acento en esta forma de explicar las acciones humanas por medio de inferencias prácticas, profundizando en aquellos aspectos que permitían sacar a la luz, por otros medios, esa capa de intencionalidad que las motivó. Resalta el hecho de que la inferencia práctica se convirtió en uno de los puntos fuertes del debate porque puso en cuestión buena parte del modelo nomológico deductivo. Plantear la posibilidad de reconstruir los razonamientos de los sujetos actuantes es cosa que no se ajusta al tipo de regularidades que se expresan por medio de leyes generales. Primero, la acción intencional es singular, y segundo, la generalidad que se introduce por medio de la recreación es de diferente naturaleza de las generalidades con las que trabajan las ciencias empíricas; tiene que ver, más bien, con compartir inferencias que se producen en toda vida humana. Así, la explicación de la acción por razones, por ejemplo en Dray, ya postula que la recreación realizada por los historiadores no tiene que identificarse con ciertas capacidades psíquicas misteriosas, puesto que lo que en realidad se lleva a cabo es una conexión lógica entre intención y acción, de tal modo que se intentó limitar las implicaciones idealistas de Collingwood.

Todo sujeto racionalmente dotado establece un equilibrio lógico, un cálculo, que le permite saber en qué contexto y con qué elementos

¹³ R. G. Collingwood, *Idea de la historia*, 2a. edición, traducción de Edmundo O’Gorman y Jorge Hernández Campos, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, 323 p., p. 299.

la acción se presenta apropiada. El historiador reconstruye la forma lógica de este cálculo exponiendo, a partir de las evidencias disponibles, las intenciones que perseguían los sujetos en el pasado. Pero esto viene a sustituir la explicación de tipo causal del modelo nomológico por una regla normativa que, de todos modos, depende de una aserción tan general como la que sigue y que tiene problemas para ser verificada: *toda persona racionalmente dotada tiene la disposición a actuar de manera racional*. Lo que interesa resaltar aquí es que las desavenencias entre los seguidores del modelo nomológico y los de la hermenéutica analítica después de Collingwood se localizaban no tanto en la cuestión de si había que desechar o no el modelo de la ley aclaratoria, sino más bien hasta qué punto había que flexibilizarlo para que cubriera el mundo de las acciones intencionales. Nótese que no juega aquí realmente la contraposición de explicación causal *versus* interpretación, si así fuera, desechar el modelo en su conjunto tendría que ser la raíz de las diferencias; pero esto no era el meollo del asunto; aún más, ni siquiera tenía que ver propiamente con la naturaleza de la explicación histórica.

El centro de la discusión, tal y como lo formulé al principio de este capítulo, era la demostración de la unidad del conocimiento científico, independientemente de la disciplina que sirviera como territorio para la demostración. Ankersmit sostiene que el resultado final del debate, que no dio pie a la victoria de unos y a la derrota de los otros, deja ver que son más importantes sus similitudes que sus diferencias. Resalto de entre ellas la marcada indiferencia respecto de la práctica real de la historiografía y, en sentido inverso, la preponderancia que ambas vertientes dieron al tema de la explicación histórica. Al cabo de la discusión, los efectos previsibles se concentraron en una visión abstracta de la disciplina que parece resumirse en una serie de procedimientos totalmente ajenos a los historiadores. Pasar por alto la práctica real de la disciplina histórica implicó que ambas posturas, es decir, la explicación nomológica y la acción intencional, mostraran una acentuada indiferencia por la problemática de la escritura historiadora, siendo tal problemática la que permite acceder a la cualidad interpretativa que le es propia. En sus propias palabras: “Sin embargo, ahora se ha perdido de vista que la tarea del historiador es en esencia interpretativa [...]. Precisamente a causa de su preocupación epistemológica de atar el lenguaje del historiador lo más cercanamente posible al pasado en sí, la filosofía de la historia nunca fue capaz de desplegar sus alas y convertirse en una filosofía de la interpretación histórica”.¹⁴

¹⁴ F. R. Ankersmit, *op. cit.*, p. 113.

Recuperar la cualidad interpretativa de la historia está en función de adoptar el enfoque de la filosofía de la historia narrativista. Dejando de lado la manera por la cual los enunciados historiográficos se conectan con la realidad del pasado, ella eleva a problema central la escritura de la historia en un marco de filosofía del lenguaje, esto es, llevando a cabo para la historia lo que el giro lingüístico supuso para la filosofía de la ciencia. Y para Ankersmit no debería haber duda de que la obra de Hayden White puede ser reconocida como el umbral de este desplazamiento. Tres razones, que a su vez se encuentran vinculadas a tres implicaciones que se desprenden de la obra de White, permiten sostener tal aseveración.

El ascenso de la narratividad

Primero, la determinación por la cual son ahora los instrumentos lingüísticos de los que se sirve el historiador los que deben ser analizados para entender cómo opera la interpretación, sin que tal análisis suponga abordar su conexión con una pretendida realidad en sí del pasado. En ese sentido, la filosofía de la historia narrativista aborda el lenguaje desde una perspectiva histórica ya que, como construcción, depende del contexto desde el cual se emite. Segundo, esa construcción lingüística de los historiadores adopta una forma específica, es decir, narrativa. La trama narrativa permite dar sentido a un conjunto de acontecimientos que por sí mismos y tomados individualmente son incapaces de postular. Tal producción de sentido se encuentra conectada a la manera por la cual se traman en una secuencia; si se cambian los criterios de la trama cambia necesariamente el sentido del relato. Tercero, la forma narrativa, o sea, las representaciones construidas por los historiadores, responde a una estructura profunda de carácter retórico, es decir, a una lógica figurativa. Los tropos, la metáfora, la metonimia, la sinécdoque y la ironía constituyen los elementos básicos de la conciencia histórica.¹⁵

¹⁵ “Pero el número de estrategias explicatorias posibles no es infinito. Hay, en realidad, cuatro tipos principales, que corresponden a los cuatro tropos principales del lenguaje poético. Por consiguiente, las categorías para analizar los diferentes modos de pensamiento, representación y explicación presentes en campos no científicos —como la historiografía— las encontramos en las modalidades del propio lenguaje poético. En suma, la teoría de los tropos nos proporciona una base para clasificar las formas estructurales profundas de la imaginación histórica en determinado periodo de su evolución.” Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, traducción de Stella Mastrangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, 432 p., p. 40.

Es notable el vuelco que introduce este tipo de planteamientos respecto del debate anteriormente reseñado. De entrada se toma en serio la contraposición explicación causal *versus* interpretación, a tal punto que no queda resto alguno de la serie de interrogantes epistemológicas que habían gobernado a la filosofía anglosajona. Así, los procedimientos interpretativos que tienen lugar en la esfera narrativa son de naturaleza diferente de la de procedimientos de la explicación causal que subsumen acontecimientos bajo la lógica de proposiciones generales. Pero también adquiere otra dimensión si se le compara con la hermenéutica analítica, sobre todo con su énfasis en la recreación de los actos de pensamiento que movilizan los procesos históricos. La narrativa histórica no permite recrear ni los pensamientos ni al pasado en su conjunto tal y como fue, pero tampoco entiende la acción intencional desde la asunción del punto de vista del participante. No se borra la escritura de la historia para dejar aparecer a los acontecimientos pasados; manteniendo la opacidad del lenguaje, sugiere un punto de vista presente, desde el cual se significan conjuntos de acontecimientos.¹⁶

Pero hay que aclarar que la distancia de White respecto de la hermenéutica analítica no es tan profunda como sí lo es respecto del modelo nomológico deductivo. A pesar de que Ankersmit se esfuerza por mostrar que no existe continuidad alguna entre la filosofía de la historia anglosajona y la filosofía de la historia narrativista, buena parte del terreno para la asunción de una obra como la de White fue preparada desde el campo “enemigo”. Sólo los ejemplos de Dray, Danto, Gellie, Mink, Walsh, entre otros, mostrarían la deuda originaria que hay que pagar. Esto es más claro con el concepto de acción intencional. Un aporte de estos autores ha consistido en “establecer el estatus epistemológico de la narratividad, considerado como un tipo de explicación especialmente apropiado a la explicación de los acontecimientos y procesos históricos, frente a los naturales”.¹⁷ Esto fue algo crucial dado que permitió establecer el estatuto narrativo como una forma específica de tratamiento de las acciones intencionales, diferen-

¹⁶ “De hecho a la historia —el mundo real que se desarrolla en el tiempo— se le da sentido de la misma manera que el poeta o el novelista intenta dar sentido, es decir, dotando a lo que originalmente parece ser problemático y misterioso, con el aspecto de una forma reconocible, porque es familiar. No importa que el mundo sea concebido como real o sólo imaginado; la manera en que se le dota de sentido es la misma.” Hayden White, “El texto historiográfico como artefacto literario”, *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, año 1, n. 2, p. 9-34, p. 33.

¹⁷ Hayden White, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, traducción de Jorge Vigil Rubio, Barcelona, Paidós, 1992, 229 p., p. 47.

ciada de las relaciones causales que dominan en el mundo físico. Se hizo cada vez más evidente que las primeras no podían ser subsumidas a la explicación causal, a pesar de que se ponía en entredicho el tema de la unidad de la ciencia.

En opinión de White, hay que agregar al inventario de los aportes a la cuestión narrativa lo que se fue trabajando en otras regiones de Occidente; por ejemplo, la perspectiva semiológica de autores como Barthes, Derrida, Benveniste y Genette, planteamientos que concluyen en el tema del código narrativo como una estructura lingüística que genera efectos de realidad; también la hermenéutica alemana ha tenido un papel importante desde Gadamer a Ricoeur, mostrando cómo la narración se encuentra ligada de manera sagital al problema de la temporalidad humana.¹⁸ El cúmulo de estos análisis previos terminó abriendo la puerta a un reconocimiento central: tomando como base las obras de historia, cosa que no se llevaba a cabo, la temática fue desplazada del campo epistemológico, el concepto de explicación científica, hacia la poética, es decir, hacia los procesos de construcción literaria del texto. La estructura narrativa que determina las representaciones en la historia no puede más que ser vista como lo que es, un hecho de carácter *estético*.

Esto supuso revisar las relaciones entre historia y literatura desde una perspectiva diametralmente diferente a la que había sido utilizada anteriormente para justificar su distinción. Desde la asunción de la narrativa los criterios que anteriormente se establecían para delimitar con precisión su diferencia han perdido validez. De entre ellos destaca aquel que planteaba que entre los enunciados y la realidad extradiscursiva existía una relación de equivalencia exacta, de tal manera que el discurso científico tenía la capacidad de acceder a la realidad por medio de enunciados no equívocos. Con esta clase de argumentos era posible distinguir entre la escritura científica y la escritura literaria, entre mundo de la verdad metódica y mundo de la ficción. Se entiende que en la literatura no podía tener cabida la pretensión realista de articular representaciones con cualidades referenciales. De ahí se desprende que las ciencias, y entre ellas la historia, se diferenciaban por el hecho de aspirar a la verdad objetiva, es decir, a construir enunciados verdaderos sometidos a un proceso de validación, en contraposición con la ficción literaria que escapa a todo marco de verificación empírica. White precisa que la narración histórica combina estratos literarios, la forma narrativa, con contenidos que

¹⁸ *Ibid.*, p. 48.

vienen de la ciencia —por ejemplo conceptos y categorías— sin que puedan aislarse unos de otros ya que esto desfiguraría la escritura historiadora.

El contenido expresa la parte informativa, es decir, acontecimientos que pueden ser tomados de manera individual. Éstos pueden ser comprobados documentalmente uno por uno. La forma literaria consiste en la trama que los organiza de manera poética, forma que depende de elementos prefigurados por la tradición del historiador. La forma no depende de la base documental y por tanto no puede ser comprobada. Lo importante es que la parte literaria corresponde a la estructura formal del conocimiento histórico que, por supuesto, no puede agotarse en los aspectos informativos, sino en la manera de organizarlos, establecer sus relaciones, sintetizarlos y significarlos como conjunto narrativo. Debido a esta particularidad de carácter literario se abre la puerta a la metáfora en el discurso historiador. Ella viene a operar al nivel de la trama narrativa y permite precisamente los procesos de organización, relación, sintetización y significación. Así planteada la cuestión, la narración es un proceso que transforma la *percepción originaria* de los datos adquiridos (acontecimientos individuales) a un modo diferente de tipo figurativo que abarca todo el conjunto de acontecimientos.

La escritura historiadora explica introduciendo esta transformación figurativa porque presenta una coherencia global que da sentido al conjunto. En palabras de White, la narración histórica es una *metáfora extendida* en el sentido en que articula una estructura simbólica que no se reduce a reproducir los acontecimientos que incluye. Va más allá de toda pretensión realista. Permite relacionar estos acontecimientos presentados en un conjunto narrativo con aquellas formas de nuestra tradición literaria con las que estamos familiarizados.¹⁹ Es decir, establece relaciones de semejanza entre la trama narrativa y nuestro contexto cultural. Esta función metafórica está por encima de la función tropológica que orienta en una u otra dirección al conjunto del

¹⁹ “La narrativa histórica no *imagina* las cosas que indica; sugiere imágenes de las cosas que indica, de la misma manera que lo hace una metáfora. Cuando un conjunto dado de acontecimientos es entramado como una ‘tragedia’, esto significa sencillamente que el historiador ha descrito así los acontecimientos como para *recordarnos* esa forma de ficción que asociamos con el concepto ‘trágico’. Entendidas debidamente, las historias no deberían ser leídas jamás como signos no ambiguos de los acontecimientos que asientan, sino más bien como estructuras simbólicas, metáforas extendidas, que hacen ‘parecer’ a los acontecimientos reportados en ellas, a alguna forma con la cual ya nos hemos familiarizado en nuestra cultura literaria.” Hayden White, “El texto historiográfico como artefacto literario”, *op. cit.*, p. 23.

relato. Esto me interesa abordarlo detenidamente en el capítulo final. En suma, es acertado ver a la historia, en opinión de White, como un saber que se articula por medio de sucesivas transformaciones escriturísticas; desde los criterios que maneja para determinar lo que es histórico, desde la selección y la ordenación de los acontecimientos en una secuencia temporal (crónica) hasta la configuración narrativa y el entramado final, la marca definitoria de la historia se localiza en el sentido de estas transformaciones.²⁰

Su trabajo inicia con textos, no con el pasado en sí, y por medio del trabajo interpretativo ofrece al final otra clase de productos textuales. Es propiamente un procedimiento de traducción de los textos del pasado al texto narrativo final.²¹ En este punto de la discusión convendría resumir en tres puntos la superioridad del enfoque narrativista por sobre la filosofía anglosajona de la historia, tanto en su vertiente empirista como en su desagregado hermenéutico. Primero, su énfasis antiepistemológico; no es ya con el tipo de problemas que enfrentaba esa filosofía como se puede dar cuenta de lo que la historia es realmente. No es resolviendo cómo el historiador puede relacionarse con su campo empírico por medio de una explicación causal que apele a leyes generales, pero tampoco recreando los razonamientos de los sujetos en términos disposicionales, como podemos describir acertadamente al saber histórico. Segundo, dar cuenta de la estructura que gobierna a la escritura de la historia consiste ahora en el problema teórico central, incluso por encima de la lógica de investigación. Las representaciones historiadoras, es decir, los resultados de la investigación, adquieren una dimensión que había sido ocultada por el privilegio que merecieron los procedimientos metódicos, esos que presuntamente las garantizarían.

Sólo que las representaciones exigen un análisis muy diferente de los anteriores y que buscaban aclarar las maneras por las cuales se ligaban a lo real. Tercero, al producir una oscilación de la historia del polo cientificista al polo estético, las cuestiones involucradas en la narrativa suponen atender al nivel literario de la historia como definitorio del campo disciplinar.²² Ahora bien, para Ankersmit una descripción

²⁰ Alfonso Mendiola, "La historia, un saber alegórico", *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, año 1, n. 2, 1994, p. 217-223, p. 223.

²¹ F. R. Ankersmit, *op. cit.*, p. 130.

²² "Al mismo tiempo, se hizo ineludible, por razones disciplinarias de autoconservación de las ciencias históricas, encontrar criterios con los que su particularidad y su tarea en el contexto de otras ciencias pudiesen ser determinadas claramente. En el entretanto, este criterio ha probado ser la estructura narrativa de las afirmaciones históricas. Y con la narración

adecuada de la historia supone profundizar el desgajamiento de la disciplina de todo marco epistemológico, atendiendo al estatuto narrativo por medio de una deliberación esencialmente estética. Y esto significa ir más allá de lo planteado por Hayden White. Él apuntó en la dirección correcta, la narrativa, pero habrá que despojar sus propuestas de inconvenientes que todavía hacen perdurar una cierta evocación cognitiva. Para ello es necesario romper con las posturas tropológicas ya que, a diferencia de lo que podría pensarse en un primer momento, siguen siendo solidarias con los “ideales cognoscitivos científicistas”. Bien mirado, lo que llevó a cabo White fue un proceso de sustitución: la tropología toma el lugar y la función en el campo del saber histórico que tenían la lógica y el método científico para el pensamiento epistemológico.

Es una sustitución que deja intacta la intención subyacente: “el esfuerzo occidental y fáustico de conquistar de manera cognoscitiva al mundo físico e histórico que habitamos”.²³ De tal manera que los cuatro tropos señalados por White adquieren una consistencia trascendental: ellos permiten determinar las condiciones de posibilidad para toda representación histórica. La tropología condiciona la forma y la orientación que adquieren todas las modalidades posibles de la representación, por lo que es concordante con el trascendentalismo kantiano. Resulta aún más clara la evocación trascendentalista en el caso de la metáfora, nos dice Ankersmit. Esta figura retórica se encuentra en White en relación con la captación de lo real, aunque ella sea indirecta y simbólica. Nos exhorta a ver una parte de la realidad con ojos figurativos, por así decirlo. Tal punto de vista se encuentra anclado, igual que en el trascendentalismo kantiano, en un sujeto trascendental que organiza al mundo pero que, al mismo tiempo, se mantiene como un “punto ciego” nunca clarificado. Objetiva la realidad mientras que no puede objetivarse a sí mismo.

como esquema fundamental, la afirmación sobre el pasado humano calificado genuinamente histórico, la escritura de la historia se convierte en tema como el proceso en el que las ciencias históricas realizan esta particularidad como ciencia.” Jörn Rüsen, “La escritura de la historia como problema teórico de las ciencias históricas”, en *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, coordinación de Silvia Pappe, traducción Kermit McPherson, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco/Universidad Iberoamericana, 2000, 504 p., p. 248.

²³ La tropología no es necesariamente una ruptura radical con la ciencia ni con sus ideales, y esto se destaca, según Ankersmit, desde las propias declaraciones de White. En particular, cuando afirma que el único instrumento que “el historiador tiene para dotar de significado a sus datos, *de hacer conocido lo extraño* [las cursivas son de Ankersmit], comprensible el misterioso pasado, son las técnicas del lenguaje figurado”. F. R. Ankersmit, *op. cit.*, p. 27.

Bases para una socioepistemología de la historia

Me parece que la objeción de Ankersmit consiste en una reformulación de esa sospecha que he mencionado ya: existe una metafísica consustancial a la función metafórica y de la que no es posible que se desprenda. En tal sospecha indudablemente ha participado de manera destacada la crítica que se enderezó, desde la filosofía misma, contra la tradición ilustrada. Conformándose bajo la etiqueta de pensamiento postmoderno, nos asegura que el trabajo de desconstrucción de los grandes discursos que ha formulado esa tradición y que deja aparecer sus fuertes implicaciones metafísicas, pasa necesariamente por desenmascarar los campos semánticos y metafóricos que los han sostenido. Así, la crítica a la metafísica occidental debe asumir la crítica a ese puñado de metáforas de base que le han dado cuerpo. Ésta es la estrategia que siguió Richard Rorty. Al desmontar el andamiaje trabajosamente construido por la filosofía en términos de teoría del conocimiento, salen a la luz las metáforas visuales (la mente como espejo que reproduce lo real, por ejemplo) que han sido tomadas al pie de la letra como un centro de creencias indubitables.

Acabar con las convicciones filosóficas de la epistemología es, por tanto, una labor que muestra lo injustificado de ese centro de creencias. El periodo en que podíamos confiar en ese conjunto de metáforas visuales ya ha pasado para la filosofía contemporánea. Pero también se encuentra involucrado aquí el problema señalado por Derrida. Para este autor lo metafórico establece una solidaridad indiscutible entre el sujeto, el sentido y la verdad, cosa presente desde Aristóteles. Esto revela que la metáfora ha sido totalmente tributaria de la expansión del logocentrismo occidental. De ahí que la respuesta aportada por la *diseminación* y la *différence* sea un camino viable frente a la presencia soberana de un sentido que se restaura a sí mismo.²⁴ Ankersmit resume ambas posturas de la siguiente manera: “Se concluye que, en términos cognoscitivos, el yo trascendental y el punto de vista metafórico cumplen funciones idénticas. La filosofía trascendental es intrínsecamente metafórica, y la metáfora intrínsecamente trascendental”.²⁵

²⁴ Véanse al respecto los trabajos ya famosos de Jacques Derrida, *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Cátedra, 1989, 372 p., y *La desconstrucción en las fronteras de la filosofía. La retirada de la metáfora*, traducción de Patricio Peñalver Gómez, Barcelona, Paidós, 1989, 122 p.

²⁵ F. R. Ankersmit, *op. cit.*, p. 33.

Por tanto, *la caída de la metáfora* vendría a expresar en realidad la caída del edificio epistemológico que ha gobernado la reflexión sobre la historia. Lo que se recusa en la perspectiva de White es que la vía tropológica continúe prisionera de los intentos de apropiación del pasado. Esto es lo que corrige una visión no kantiana y no metafórica como la que sostiene la historia de las mentalidades, según Ankersmit. Esta visión, a diferencia de la propuesta tropológica de White, no se deja reducir a la dimensión del escrito historiográfico, sino que se conecta con un replanteamiento de lo que ha quedado fuera de la reflexión, esto es, el campo de la experiencia histórica. Lo que me interesa discutir en lo que sigue es más bien una perspectiva contraria a la de Ankersmit y que se resume en la siguiente interrogante: ¿cómo es posible plantear una perspectiva epistemológica en la que encuentre cabida la metáfora, pero que al mismo tiempo no sea coincidente con el planteamiento clásico de la teoría del conocimiento? Al final del capítulo anterior adelanté algo al respecto. Tomando como centro la noción de autodescripción y asociada a la expansión y nuevas atribuciones de la historiografía, señalé que resulta factible pensar en una nueva fundamentación del saber histórico.

Como autodescripción, entiendo que se trata de llevar al terreno reflexivo la forma operativa de la disciplina, la estructura discursiva por medio de la cual presenta sus resultados y, finalmente, la relación compleja que se establece entre ambos niveles. Una cosa es afirmar, como lo hace Rorty, que la epistemología ha dejado de ser el centro reflexivo de la filosofía, puesto que ya no define su territorio problemático ni el tipo de problemas que enfrenta, y otra muy diferente que no puede haber ya espacio alguno para algo denominado epistemología aplicada a los ámbitos disciplinarios. Me parece que Ankersmit confunde ambas cuestiones. Porque entiende que epistemología es algo de suyo rechazable por sus implicaciones trascendentales y, por reducir todo a proceso cognitivo, no se da cuenta de que el concepto que utiliza es entendido de manera ahistórica. He tratado de describir cómo ha perdido legitimidad una epistemología general que se dirigía a descubrir el fundamento último de todo conocimiento, sea en la naturaleza, sea en la sociedad.

Éste es el edificio que se ha derrumbado tendencialmente: la teoría del conocimiento que ha idealizado lo que pensó que era la ciencia, y su aplicación regional, es decir, la teoría de la historia. Lo que no significa que esté clausurado absolutamente el camino para articular otra noción de epistemología muy diferente, una noción que, de acuerdo con lo que he expuesto, sea tomada de manera histórica. Su-

poner que a esta noción se le encuentra asociado un sentido preciso e invariable, un campo apriorístico, es lo que me parece que hace Ankersmit. Pero los conceptos, como toda construcción humana, se encuentran determinados históricamente. Los términos de su transformación pueden ser resumidos así: en sentido ahistórico, epistemología definía un cuerpo homogéneo de afirmaciones *analíticas* que expresaban verdades universales y necesarias sobre la ciencia; tomada en sentido histórico, delimita ahora un campo de investigación sobre las disciplinas cuya cualidad es la de ser *sintético*, esto es, empírico.²⁶ Y la cualidad sintética, que ahora asocio a la noción epistemología, resume muy bien su nueva orientación.

No busca delimitar verdades universales y necesarias para las ciencias y para la historia, puesto que se especifica de manera regional. En el sentido de la discusión que abordé en el capítulo anterior, puedo decir que no se trata de un trabajo de la razón que transparenta de manera absoluta contenidos universales susceptibles de aplicación singular, sino de un ejercicio reflexivo ubicado al nivel de las racionalidades procedimentales y restringidas. No es un cuerpo de afirmaciones formuladas en términos excéntricos a cada disciplina científica, sino que busca describir desde cada matriz disciplinar el orden de sus operaciones. No una epistemología como esfera unitaria de proposiciones generales, sino epistemologías regionales. Pero al mismo tiempo determina que la reflexión epistemológica sobre las matrices disciplinares debe formar parte de las mismas matrices; es autorreflexión y autodescripción. Por tanto, epistemología de la historia quiere decir reflexión sistemática que aclara la lógica de la investigación histórica y su estructura discursiva. En buena medida la discusión que arrojó el tema de la narratividad, incluso más allá de la tradición anglosajona, opuso al espacio metódico de investigación el carácter narrativo de la escritura historiadora. Si bien la narrativa expulsó de la historia los criterios de racionalidad de la explicación nomológica, un resultado neto fue considerar como autónoma a la narratividad literaria de todo criterio de racionalidad.

²⁶ “La crisis de lo evidente se da cuando empieza a ser tematizado, y al ser tematizado [...] se descubre su raíz histórico-social. Esta acción por medio de la cual una proposición pasa de ser ahistórica a histórica expresa los cambios de la sociedad. Las evidencias dejan de serlo porque las sociedades cambian. Y este cambio, que convierte una verdad analítica (ahistórica) en sintética (histórica), es lo que pretendemos analizar con respecto de los fundamentos del discurso de la historia en su transición del siglo XIX al XX.” Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño, “De la historia a la historiografía”, *op. cit.*, p. 252.

Esta situación pareció conducir a una especie de disyuntiva: o bien se atienen a los procedimientos metódicos del saber histórico (incluso a los marcos teóricos que ahí funcionan), o bien se centra el análisis sólo en la estructura narrativa.²⁷ En otras palabras, se oponen como sustratos difícilmente conciliables la lógica de la investigación y la escritura de la historia. El problema se expresa también en la obra de White, particularmente en *Metahistoria*, y ha conducido, nos dice Alfonso Mendiola, a “una pérdida de la frontera entre lo literario y lo científico”. Para salir de la disyunción, la historia es ciencia o es literatura, es necesario establecer una diferenciación mínima entre discurso de ficción y contenido de verdad, esto es, “encontrar los criterios de verificabilidad del discurso histórico”.²⁸ Por supuesto, tales criterios ya no pueden ceñirse a la valoración realista del relato. En suma, el territorio epistemológico de la historia no sólo consiste en el ejercicio de autodescripción de la lógica de investigación, por un lado, y en el análisis reflexivo de la estructura discursiva, por el otro. Debe dar respuesta, además, a cómo la narración está determinada contextualmente, no sólo en términos sociales amplios, sino por criterios que pertenecen a la matriz disciplinar.²⁹

No es posible pasar por alto que la disciplina ha estado sometida a un proceso de institucionalización muy pronunciado desde el siglo XIX. De hecho la noción *matriz disciplinar* establece un espacio social particular por sus implicaciones sociológicas. Centrarse sólo en la dimensión escriturística nos conduce a otra forma de idealización de la historia. En esto consiste, a grandes rasgos, el campo de la epistemología de la historia, asumiendo, desde luego, una perspectiva diferente (es decir, histórica) de la que sostiene Ankersmit. Ahora bien, lo que busco demostrar es que en una epistemología así entendida hay espacio justificado para involucrar a la metáfora. En este punto se hace notar una cierta ambigüedad en el tratamiento de la metáfora por parte de Ankersmit. A fuerza de criticarla por las implicaciones metafísicas que pretendidamente arrastra, Ankersmit echa mano, precisamente, de metáforas. Como si con el uso clarificador que aporta la metáfora

²⁷ Jörn Rüsen, “La escritura de la historia como problema teórico de las ciencias históricas”, *op. cit.*, p. 252-253.

²⁸ Alfonso Mendiola, “La historia, un saber alegórico”, p. 223.

²⁹ “En otras palabras: debe mostrar a través de la narración el contexto de constitución de la ciencia histórica, que es anterior a, y es la base de la investigación y de la escritura de la historia como apropiación del pasado humano, y ha de investigar sistemáticamente los factores aquí determinantes.” Jörn Rüsen, “La escritura de la historia como problema teórico de las ciencias sociales”, *op. cit.*, p. 254.

fuera posible sacar a la luz sus inconvenientes. De tal manera que, para demostrar sus argumentos antimetafóricos, este autor termina planteando argumentos metafóricos.³⁰

Tomando en cuenta lo ya expuesto respecto de Kuhn, es posible formular la siguiente apreciación esquemática: el proceso metafórico tiene lugar en las dos esferas definitorias de la ciencia histórica, esto es, en la lógica de la investigación y en el espacio escriturístico. Al nivel de los procesos metódicos, especifica la aplicación de modelos y teorías, está presente en la formulación de hipótesis propiamente históricas que se derivan de los modelos y teorías, y, finalmente, participa de manera destacada en el ejercicio interpretativo que lleva a cabo el historiador de su base documental. En cuanto a la escritura, la metáfora se presenta solidaria de la estructura narrativa. Su función en el ámbito de las representaciones historiadoras está localizada en los procedimientos de generación de sentido. Pero también existe proceso metafórico por fuera de estos dos niveles. Me refiero al contexto de la experiencia histórica que permite al historiador delimitar aquellos temas que pueden ser tratados, precisamente, bajo investigaciones particulares. Sobre el fondo común de la experiencia temporal (la esfera de saber implícito) actúan relaciones de semejanza que articulan nuestra *conciencia histórica*. Todo esto puede ser resumido bajo los términos ya señalados de semejanza e interacción. Hay que agregar, sin embargo, que tal espacio epistemológico no es otro que la historiografía transformada en ejercicio de fundamentación. En palabras de Mendiola y Zermeño:

La historiografía actual estudia tanto la forma de investigación del historiador como su objeto terminado, desde el horizonte de la sociedad en donde se lleva a cabo. La historiografía es una autoobservación

³⁰ Procedimiento que está presente desde el inicio de su texto. Por ejemplo, cuando discute la conveniencia de regresar a Aristóteles en relación con el problema de la *sensación*. Tomando precisamente una metáfora aristotélica, la impresión de las sensaciones sin la materia de las sensaciones, a la manera de la impresión de un anillo de hierro o de oro en la cera, plantea lo siguiente: "Lo que queda claro de esta metáfora es que todo el significado de la concepción aristotélica de experiencia y conocimiento es diametralmente opuesto a la moderna a que estamos acostumbrados desde Descartes y Kant. El propósito de la metáfora es sugerir un máximo de *continuidad* (tanto epistémica como ontológicamente, como diríamos hoy) entre el objeto de la percepción y sensación o el acto de la percepción; la identidad en cuanto forma del anillo y la impresión que deja en la cera genera esta sugerencia de continuidad." F. R. Ankersmit, *Historia y tropología*, p. 55-56. No es este el único caso en el que desarrolla una argumentación metafórica, lo que daría pie a un análisis muy interesante de cómo opera su función al nivel del discurso, a pesar de las reticencias que Ankersmit presenta a la metáfora.

de lo que lleva a cabo el historiador cuando escribe libros de historia, y esta autoobservación es hecha en términos histórico-sociales [...] no es el estudio de las ideas o métodos del historiador, sino de las prácticas sociales que lleva a cabo como miembro de la institución historiográfica. Podemos resumir diciendo que la historiografía estudia socioepistemológicamente el quehacer del historiador.³¹

En el párrafo anterior la palabra clave es socioepistemología; la historiografía es un estudio socioepistemológico de la disciplina, lo que viene a señalar la gran distancia que guarda un enfoque tal del que nos presenta Ankersmit. Los aspectos que he mencionado arriba bajo el rubro autodescripción han sido ya trabajados, y dentro del conjunto de autores que los han desarrollado destaca, sin duda, Michel de Certeau.

Fundamentación y enfoque pragmático de la historia

Quisiera introducir ahora algunos elementos aportados por De Certeau y que han resultado de una gran riqueza reflexiva para la problemática socioepistemológica de la historia. Del conjunto vasto de su obra sobresalen aquellos trabajos en los que planteó la cuestión de la escritura de la historia y que han venido a demostrar la necesidad de reflexividad para la disciplina. Esto resalta aún más porque, paralelamente a su trabajo, se fue haciendo evidente la crisis de fundamentación que la envolvió. En el proceso de desmoronamiento de los marcos epistemológicos por los cuales se asignaba a la historia un contenido cognitivo determinado, un proceso metódico lógicamente aislable y una modalidad escriturística referida a lo real, De Certeau mostró cuál podía ser un nuevo campo de fundamentación legítimo. La puerta de entrada a ese campo consiste en formular una nueva forma de interrogación. Consistentemente, una pregunta crucial orienta cada propuesta específica, cada argumento desarrollado por De Certeau: ¿cómo se hace la historia? ¿De qué se trata este oficio?³² En

³¹ Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño, "De la historia a la historiografía. Las transformaciones de una semántica", *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, año 2, n. 4, 1995, p. 245-261", p. 257.

³² "¿Qué *fabrica* el historiador cuando 'hace historia'? ¿En qué trabaja? ¿Qué produce? Interrumpiendo su deambulación erudita por las salas de los archivos, se aleja un momento del estudio monumental que lo clasificará entre sus pares, y saliendo a la calle, se pregunta: ¿De qué se trata en este oficio? Me hago preguntas sobre la relación enigmática que mantengo con la sociedad presente y con la muerte, a través de actividades técnicas." Michel de

efecto, ahora se trata de interrogar centralmente al espacio práctico que rige un oficio.

El talante pragmático de la interrogación resulta evidente, mientras que la teoría de la historia tradicional partía de una interrogación diametralmente opuesta: ¿cómo es posible el conocimiento objetivo de la realidad pasada? Preguntar por la naturaleza del saber histórico ha conducido a una descripción primariamente teórica sobre sus contenidos cognitivos, sobre los procesos metódicos que lo garantizan y los resultados conceptuales a los que puede llegar. Alejándose de los esfuerzos por normar el trabajo del historiador, este autor nos propone analizar las condiciones de fabricación de las representaciones historiadoras. Hay aquí una inquietud básica y una apuesta. Como inquietud busca excavar el suelo de nuestras seguridades, en problematizar lo que hasta hace poco era considerado evidente, todo esto desde la aceptación de una labor interminable que reconoce sus propios límites y la fragilidad del lugar desde donde mira. Como apuesta, trata de llevar a la historia, igual que Rorty a la filosofía, por la senda de su propia historización.

Historizar quiere decir convertir en acontecimiento lo que ha sido pensado como externo al campo histórico. Resulta altamente paradójico que la historia misma sostuviera un esfuerzo por pensarse desde una diferenciación básica con su campo de estudio; si éste se definía como el mundo de los acontecimientos, el saber sobre los acontecimientos no podía tener la misma consistencia temporal. La noción de acontecimiento, prestigiada de nueva cuenta a partir de los trabajos de Michel Foucault, no se ubica en el mismo plano que la noción de *hecho o suceso*. No refiere a algo que ha pasado ni determina la importancia de ese algo en una cadena temporal por medio de relaciones causales. Refiere, más bien, a un campo regular de prácticas en el que emerge, adquiere ciertos rasgos funcionales, se ve inmerso en procesos discontinuos y se articula de cierta manera con otros campos de prácticas institucionales, económicas, etcétera. Más que una *sustancia o estado de cosas*, pertenece al orden de la relación y de lo pensable.³³

Certeau, *La escritura de la historia*, 2a. edición revisada, traducción de Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1993, 334 p. (El Oficio de la Historia), p. 67.

³³ "Si el 'hecho' es lo que es aprehendido por la percepción natural y ordenado por el conocimiento (empírico o científico), el 'acontecimiento' es lo que no puede ser percibido ni conocido, lo que sólo puede ser pensado." Mario Teodoro Ramírez, "Deleuze y la filosofía", *Revista de Filosofía*, México, Universidad Iberoamericana, año XXXIII, n. 97, enero-abril 2000, p. 54-86, p. 56. "La noción de 'acontecimiento' funciona más bien como un *concepto-límite*,

Entonces, preguntar por el cómo de la historia significa enlazar una práctica (una disciplina), un resultado determinado (una narración) y la relación que se establece entre estos dos niveles.³⁴ En esta formulación podemos ver qué entiende De Certeau por fundamentación de la historia. Fundamentar significa lograr una comprensión de la relación que se presenta entre un lugar institucional, una serie de procedimientos técnicos, sintéticos e interpretativos, y un texto o discurso particular. La condición de un trabajo como este consiste en utilizar un enfoque de carácter relacional. Los objetos que son materia de la curiosidad científica de los historiadores tienen la cualidad de ser contruidos; no son condición sino resultado de una serie de operaciones que se desarrollan en el seno de la disciplina. Creo que es este el horizonte en el que se ubican las investigaciones que De Certeau le dedicó a la historiografía y por eso la noción de práctica adquiere relevancia. La tarea de fundamentación, por tanto, revela un cambio tal de atribuciones que, en su perspectiva, se trata de privilegiar ese ámbito que anteriormente no tenía “pertinencia” o “valor teórico”³⁵ en vistas a la búsqueda de científicidad.

Si el régimen de prácticas que ponen en juego los sujetos de las ciencias quedaba relegado como un inconveniente sin interferencia en la cualidad de sus productos, esto se debía a la obligación de medir sólo el valor intrínseco de los enunciados y de habilitar su competencia en términos de verificabilidad referencial. Pero De Certeau nos propone otra cosa: un trabajo de análisis que comienza con un gesto inaugural (¿ruptura instauradora?), esto es, remitir toda escritura al lugar donde se produce. Ahora bien, en este esfuerzo de fundamentación, la noción de práctica plantea dos órdenes de problemas: la operación escriturística propia de las ciencias modernas (el espacio de la producción para De Certeau) y el lugar social que le da pertinencia (la institución). Cómo pensar su relación se convierte de esta manera en la dificultad teórica de la que se desprenden modalidades de análisis que no se contentan con las soluciones textualistas ni con las adscripciones

como la idea de lo que ha sucedido realmente, que, como sucede con el noúmeno kantiano, se piensa, pero no se conoce.” Paul Ricoeur, *Historia y narrativa*, introducción de Ángel Gabilondo y Gabriel Aranzueque, traducción de Gabriel Aranzueque, Barcelona, Paidós, 1999, 230 p. (*Pensamiento Contemporáneo*, 56), p. 103.

³⁴ “Por esta razón, entiendo por *historia* esta práctica (una ‘disciplina’) su resultado (el discurso), o su relación bajo la forma de una ‘producción’.” Michel de Certeau, *op. cit.*, p. 35.

³⁵ Michel de Certeau, *Historia y psicoanálisis: entre ciencia y ficción*, traducción de Alfonso Mendiola, México, Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 1995, 160 p. (*El Oficio de la Historia*), p. 109.

sociales a las que se subordinan los intelectuales (clase social, ideología, etcétera).

Si esa relación constituye el problema teórico más acuciante, De Certeau lo enfrenta asumiendo una ambigüedad de principio pero que no resta nada a los alcances reflexivos: ella es característica de la historiografía contemporánea. ¿De qué ambigüedad se trata? Se ha considerado que la escritura de la historia constituye la culminación lógica de los procesos de investigación y de las determinaciones disciplinares. Habría coherencia, por tanto, ya que la representación expresa discursivamente (en forma narrativa) el contenido aportado por la lógica de la investigación. Ejemplo de esta postura puede ser Jörn Rüsen. Existe, para este autor, un ajuste básico entre la investigación y la forma de la historia como estructura narrativa, de forma tal que ésta viene a ser la continuación por medios literarios de la lógica que gobierna a aquélla.³⁶ De Certeau establece una situación contraria y que tiene que ver con la naturaleza de los elementos que se relacionan. Primero, una praxis científica definida desde un conjunto de reglas que determinan operaciones,³⁷ y segundo, una escritura de ficción incapaz de acreditarse en términos referenciales u objetivos.

De modo que la escritura de la historia no puede ser vista como proceso de ajuste de la lógica de investigación. De ahí que los términos de esta tríada analítica, es decir, el lugar social, las prácticas científicas y la escritura, no soporten un examen ya sea reductivo, suponiendo que el discurso limita todo el territorio de la disciplina, ya sea por el lado del determinismo, reclamando las orientaciones previas del historiador singular, teóricas, ideológicas, institucionales, como aquellas que encuentran expresión transparente en el discurso. El problema, por tanto, es el siguiente: ¿cómo acceder a un tipo de análisis del discurso historiográfico que esquive la reducción subjetivista y la autonomización del texto? A este problema también intenta responder la hermenéutica filosófica. Pasemos, entonces, a la propuesta que

³⁶ “La escritura de la historia y la investigación histórica ya no son opuestos; la investigación misma está siempre (en sus puntos de vista que la guían) ajustada a la forma de la ‘historia’ como estructura de afirmaciones históricas, y la escritura de la historia es la continuación de la investigación con otros medios (literarios).” Jörn Rüsen, “La escritura de la historia como problema teórico de las ciencias históricas”, *op. cit.*, p. 253-254.

³⁷ “El término de científico, bastante sospechoso en el conjunto de las ‘ciencias humanas’ (donde se le sustituye por el término de *análisis*), no lo es menos en el campo de las ‘ciencias exactas’ en la medida en que ese término nos remite a leyes. Se puede definir, sin embargo, con ese término la posibilidad de establecer un conjunto de *reglas* que permitan ‘controlar’ operaciones proporcionadas a la *producción* de objetos determinados.” Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, p. 68, n. 5.

Michel de Certeau elabora en este punto en particular. La cuestión de la ciencia histórica no se agota en el discurso, afirmación que expresa la orientación general de Michel de Certeau y por la cual este autor toma distancia de los postulados estructuralistas.

Ellos fueron los responsables de que durante algún tiempo se sostuviera la idea de una total autonomía textual, de tal forma que los análisis sobre los saberes encontraron pertinencia en teorías del discurso que lo veían como autosostenido por sus propias reglas internas, esto es, se pensaba que la cuestión del sentido podía ser resuelta sólo atendiendo a su producción escriturística. De la objetividad externa al discurso se pasó a la objetividad prescrita por el texto.³⁸ En el transcurso se percibió la inconveniencia de hacer recaer en los sistemas formales de tipo inconsciente el privilegio de una explicación que desestima los usos sociales de tales sistemas. El ejemplo clásico lo aporta la lingüística estructural que, desde Saussure, impulsó la consabida distinción entre lengua y habla, dicotomía que si bien permitió recusar toda intervención subjetiva, terminó por convertir en accesorio los actos enunciativos.³⁹ Al considerar la acción del habla como un hecho puramente lingüístico, como la actualización de una serie de posibilidades inscritas en el sistema formal de la lengua, Saussure aísla su objeto, que es la lengua, de todas las condiciones históricas y sociales implicadas en sus usos.

Lo anterior se desprende de la necesidad de darse un campo de objetividad que le otorgue el estatuto de ciencia a la lingüística; y por supuesto que los problemas que se desprenden del habla se veían tan

³⁸ Quizá uno de los estudios más importantes elaborados desde esta vertiente, fuertemente influenciada por el estructuralismo, es el libro de Michel Foucault, *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, 24a. edición, traducción de Elsa Cecilia Frost, México, Siglo XXI, 1996, 375 p. En esta impresionante investigación sobre la emergencia de las ciencias modernas, particularmente aquellas que establecen un nexo con el pensamiento antropológico, las ciencias del lenguaje, de la vida y el trabajo, es notorio el énfasis en las formas discursivas que éstas adquieren y por las cuales son susceptibles de tratamiento analítico.

³⁹ “Los corolarios que especifican esta tesis (ella misma dependiente del ‘primer principio’ saussuriano, a saber la arbitrariedad del signo), y que oponen la sincronía a los acontecimientos, indican la tradición que Saussure generaliza al elevarla a la científicidad y que, por dos siglos de historia, ha constituido en postulado de la labor escrituraria la fractura entre el enunciado (objeto escribible) y la enunciación (acto de decir). Dicho esto último al dejar de lado otra tradición ideológica, igualmente presente en Saussure, y que opone la ‘creatividad’ del habla al ‘sistema de la lengua’.” Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, traducción de Alejandro Pescador, nueva edición establecida y presentada por Luce Giard, México, Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente/Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1996, XXV-229 p. (El Oficio de la Historia), p. 172.

aleatorios que no había cómo introducirla justificadamente en tal campo. Ésta es la perspectiva que Gianni Vattimo considera al tomar distancia del estructuralismo, en tanto evidencia una “exageración formalista” para la cual sólo es digno de estudio aquello que se presenta “como manifestación de algún principio estructurante”, pero también encuentra en él una cierta solidaridad con el positivismo, sobre todo por el efecto inhibitorio que tiene respecto del sujeto del saber.⁴⁰ En consecuencia, ambas perspectivas sostienen una pretendida posición neutral del observador o científico. Pero la necesidad de acercarse a las prácticas del habla, los *speech act* de la filosofía analítica, es la que ha abierto las puertas para una renovación, no sólo de la lingüística, sino de todo el panorama reflexivo contemporáneo, incluyendo por supuesto a las filosofías de las ciencias.

De tal modo que hoy el problema es cómo *retornar* al lenguaje común desde las regiones de abstracción y exactitud formal en que residen los lenguajes especializados. Tal retorno significa la recuperación del habla por una comunidad histórica, sólo dentro de la cual tienen lugar los lenguajes formales de los saberes particulares.⁴¹ Regresando a la obra de Michel de Certeau, no es posible desdeñar el hecho de que eso que denominamos ciencias tiene un sustrato material discursivo bajo la forma de lenguajes particulares que siguen determinadas reglas. Como apunta la filosofía analítica, son *juegos de lenguaje* dependientes de códigos que permiten diferenciar enunciados verdaderos de enunciados falsos, punto en el que se distancia de las respuestas subjetivistas que ligan los discursos a la conciencia parlante. Para De Certeau ésta es una dimensión que se debe tomar en cuenta y en el caso de la historia el código que funciona como

⁴⁰ “El método estructural, llevado a sus últimas consecuencias, reduce a inesencialidad los contenidos, porque colocaba en una situación de abstracta neutralidad, nunca tematizada, al sujeto ausente del método mismo. Los contenidos a los cuales el método se aplica [...] se tornan inesenciales en la medida en que el interés del observador se pretende como puramente cognoscitivo.” Gianni Vattimo, *Ética de la interpretación*, traducción de Teresa Oñate, Barcelona, Paidós, 1991, 224 p. (Paidós Studio, 85), p. 58. Así, para Vattimo, el tema de las esencialidades dejadas de lado por el estructuralismo son ahora asumidas desde exigencias historicistas. Lo que explicaría por qué la hermenéutica toma el relevo al poner el acento en la “pertenencia” de observante y observado a un “horizonte común”.

⁴¹ Tenemos como ejemplo “el trabajo semiótico de Umberto Eco, que, en los últimos años, viene manifestando un interés creciente por los aspectos pragmáticos de la semiótica, mientras su centro de atención se desplaza paralelamente desde Saussure a Peirce, con todo lo que ello comporta”. En este cuadro tiene su lugar Jacques Derrida, cuyos trabajos últimos “se caracterizan por el interés cada vez más marcado en la ubicación institucional del filósofo, y, en general, en el ‘conflicto de las facultades’ o sea, en los aspectos pragmáticos e histórico-concretos de la metafísica y su deconstrucción”. *Ibid.*, p. 60.

productor de enunciados con sentido está determinado por la construcción narrativa.

Pero lo anterior es sólo una parte del problema, de ahí su característica relacional, pues hay que abordar, además, su conexión con una serie de prácticas no discursivas que intervienen, aún de manera determinante y por fuera del texto, en la producción y adquisición final del sentido. Y aquí se presenta, aunque desplazada, la cuestión de lo "real" en dos dimensiones: "lo real como *conocido*" (lo que estudia el historiador) y "lo real como implicado por la operación científica (la sociedad actual a la que se refieren la problemática del historiador, sus procedimientos, sus modos de comprensión y finalmente una práctica del sentido)". Lo real es el resultado del trabajo historiador, pero es también el postulado que lo permite. "La ciencia histórica se apoya precisamente en su relación mutua. Su objetivo propio es el desarrollo de esta relación en un discurso."⁴² Por un lado, la narración histórica, el lugar de las representaciones del pasado, nos remite a una realidad ya desaparecida. Por otro, hay una realidad implicada y que corresponde al lugar social que permite (autoriza) la fabricación de las representaciones.

En el proceso de reconstrucción de eventos pasados se tiende a oscurecer sus conexiones sociales presentes. Pareciera que la condición de posibilidad de una ciencia está en función de borrar el lugar social de toda reconstrucción histórica, *el lugar del saber*. Si se aspira a una historicidad de la historia misma, esto supone abordar el "movimiento que enlaza una práctica interpretativa a una praxis social",⁴³ en otras palabras, reconocer que nuestro acceso a la realidad pasada se da por medio de textos que la construyen de acuerdo con pautas de sentido propias de nuestro presente, conduce a la necesidad de interesarse por las prácticas que gobiernan la producción de los discursos, eso que De Certeau denomina la realidad implicada en las operaciones científicas (técnicas). Así, entre la escritura y el contexto se define un tipo de territorio de análisis que bien podía ser considerado el objeto mismo de la historiografía. Ésta ya no trata de los procedimientos que permiten dar cuenta del pasado, digamos, de la validación histórica de las afirmaciones factuales, más bien busca determinar las modalidades por las cuales nos referimos "al mundo pasado por medio de significados".⁴⁴

⁴² Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, p. 51.

⁴³ *Ibid.*, p. 35.

⁴⁴ Alfonso Mendiola y Guillermo Zermeño, "De la historia a la historiografía", *op. cit.*, p. 256.

El campo de la historiografía y la lógica de la diferencia

De esta manera De Certeau delimita la noción de *operación historiográfica*. En efecto, se dibuja con ello la complejidad de un régimen de prácticas (operaciones) que tiene como fin la producción de interpretaciones históricas, tomando como rasgo histórico no su referencia pretérita sino su ubicación social actual, bajo el entendido de que con esto se plantea el proceso su fabricación. Responde a una elaboración que se presenta condicionada, primero, al espacio donde se realiza “(un reclutamiento, un medio, un oficio, etcétera)”; segundo, por las diversas herramientas técnicas que se utilizan, es decir, “varios *procedimientos* de análisis (una disciplina)”; y, tercero, por la forma que adquieren los productos “(una literatura)”.⁴⁵ Cuando se alude a la práctica se plantea por supuesto el problema de los límites de una disciplina. Tales límites no se refieren a las fronteras que resguardan ciertos contenidos viables de conocimiento, sino a las relaciones entre un decir y un hacer, entre una serie de actos de enunciación y los contextos de praxis científica que los sostienen.

Esas relaciones son también componentes de la matriz disciplinar de la historia. Las generalizaciones simbólicas, los modelos teóricos adaptados a las exigencias de la investigación documental y los paradigmas que delimitan la formulación de problemas y las formas de su resolución historiográfica son actos de enunciación en el espacio social que contiene a la operación histórica. He mencionado que existen posturas para las cuales las operaciones metódicas, las teorías que los historiadores utilizan para manejar sus fuentes documentales y los modelos interpretativos de los que se sirven guardan continuidad con su expresión discursiva. Pero en el otro extremo, se asume una ruptura entre los contenidos científicos y la estructura literaria narrativa. Ésa parece ser la postura tanto de White, por lo menos en *Metahistoria*, como de Ankersmit, a pesar de las reservas que este último formuló al modelo topológico. Existe en la actualidad un cierto consenso en considerar que estos dos niveles constituyen el campo teórico de la historiografía. Pero, ¿cuál sería para De Certeau, entonces, la manera adecuada de formularlo? Contestar a ello consiste en definir el nuevo territorio epistemológico del saber histórico. En mi opinión, De Certeau lo delimita en términos de una lógica de la diferencia, lógica que actúa en el seno disciplinario mismo de la historia y que, al mismo tiem-

⁴⁵ Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, p. 68.

po, permite caracterizarla. Tres principios son los que dan cuerpo a la historiografía contemporánea y que permiten clarificar la fundamentación que pone en juego la disciplina. Primero, los historiadores nos enfrentamos a una pérdida de referencialidad en los discursos que producimos. Pero esta pérdida no es resultado de una incapacidad o de una deficiencia; es sólo el reconocimiento, por fin hecho explícito, de que es imposible la tarea de revivir el pasado.⁴⁶ Segundo, a resultas de lo anterior, el pasado es para el saber histórico lo absolutamente otro; constituye la marca misma de la alteridad de la cual no puede desembarazarse. Por el contrario, como saber, la historia dibuja una de las maneras, no la única, por la cual el presente entabla un diálogo desde la distancia con su otredad.

Tercero, la alteridad que se localiza en esa forma por la cual hablando del pasado marcamos simbólicamente el lugar del presente, funciona también en el interior mismo del saber que habla del pasado. Pero aquí adquiere otra valoración que tiene que ver con la ambigüedad antes mencionada: es una lógica de la diferencia que encuentra acomodo en el espacio que diferencia el hacer y el decir historiográficos. Por eso De Certeau afirma que este saber se articula más bien en términos de una ciencia-ficción, un entre dos: entre ciencia y ficción.⁴⁷ Ni ruptura absoluta ni continuidad; el campo del saber histórico se articula por medio de una particular relación entre esos polos anteriormente considerados opuestos. La proximidad que adquieren aquí depende de la historiografía misma: en una acepción práctica, ella adquiere *status* científico en el orden de sus operaciones, mientras que el producto elaborado se encuentra determinado por lo propio de la narración histórica.

Desde antaño, aunque no más allá del siglo XVIII, la historia ha buscado acreditarse en el campo científico tratando de ocultar lo fic-

⁴⁶ François Dosse, "Paul Ricoeur, Michel de Certeau et l'histoire: entre le dire et le faire", en Carlos Barros (editor), *Historia a debate. Actas del II Congreso Internacional "Historia a Debate" celebrado del 14 al 18 de julio de 1999 en Santiago de Compostela*, Coruña, Historia a Debate, 2000, t. I, p. 61-94, p. 65.

⁴⁷ "Pero otra lógica está aquí en juego, que no es la de las ciencias positivas. Ella comenzó a retornar con Freud. Su elucidación sería una de las tareas de la historiografía. Bajo este primer aspecto, la ficción es reconocible ahí donde no hay un lugar propio y unívoco, es decir, ahí donde lo otro se insinúa en el lugar. El papel tan importante de la retórica en el campo de la historiografía es precisamente un fuerte síntoma de esta lógica diferente. Considerada a continuación como 'disciplina', la historiografía es una ciencia que no tiene los medios para serlo. Su discurso toma a cargo lo que más resiste a la cientificidad (la relación social con el acontecimiento, con la violencia, con el pasado, con la muerte), es decir, lo que cada disciplina científica debió eliminar para constituirse." Michel de Certeau, *Historia y psicoanálisis*, p. 74.

cional que opera en sus escrituras, suponiendo que la forma metódica que domina sus procedimientos asegura la captación de lo real al nivel de las representaciones. Se entiende, entonces, que la labor de desmarcar a la historia de la ficción haya sido coherente con el modelo de verdad científica, pues en él no pueden encontrar acomodo elementos que más bien definen el campo opuesto, es decir, la literatura. Marcando una exterioridad (la ficción), y sólo desde ella, la historia ha podido pensarse a sí misma como científica. Su falta de "limpieza científica" explica el hecho, central para toda ficción, de encontrarse dominado por la metafóricidad: "cuenta una cosa para decir otra, se escribe en un lenguaje del cual hace salir, indefinidamente, efectos de sentido que no pueden ser ni circunscritos ni controlados".⁴⁸ Si bien se desmarca de la ficción, eso no quiere decir que el proceder mismo (tomar distancia de la ficción) no sea ficcional, hecho notorio por De Certeau cuando hace hincapié en los "funcionamientos de la ficción en el discurso historiador".

No es, por tanto, algo que se encuentre en el polo opuesto de la historia como productora de conocimientos sobre el pasado. La ficción es un fenómeno propio de la escritura historiadora, pero tiene también lugar en los procesos de construcción de modelos, hipótesis o teorías. Está dentro de la historia en tanto que ella es un saber que articula sucesivas transformaciones escriturísticas. Así también, para Foucault, la ficción no pertenece al orden de la imaginación o la fantasía, es un fenómeno de biblioteca y como tal se conforma desde los circuitos modernos de lo escrito. No es una rebelión o negación de lo real, pues se extiende entre los signos, de libro a libro; "nace y se forma en el intervalo de los textos".⁴⁹ Más allá de la intención prescriptiva que obliga a la escritura a llegar a coincidir con las cosas, lo ficticio es un fenómeno ligado de manera esencial a la escritura y al libro. Porque careciendo de referencialidad material, la escritura se entiende siempre en referencia a otros ámbitos escriturísticos. De ahí que la ficción se refiera, también para Foucault, al espacio que media entre las palabras y las cosas.⁵⁰

Esta distancia entre las palabras y las cosas, es decir, la ficción misma, como elemento propio de la esfera del discurso alcanza también

⁴⁸ *Ibid.*, p. 51-53. Todas las referencias incluidas en el párrafo de arriba corresponden a esta paginación.

⁴⁹ Michel Foucault, "*La biblioteca fantástica*", p. 99.

⁵⁰ Michel Foucault, *El pensamiento del afuera*, traducción de Manuel Arranz, Valencia, Pre-Textos, 1988, 82 p., p. 27-28.

a todas las producciones escriturísticas de la ciencia, pues las hipótesis y modelos participan de la misma materialidad discursiva que los informes finales que tienen el rango de productos científicos acabados.⁵¹ Todos los productos historiográficos se encuentran alterados por lo que les falta de lo real. La ficción que descubre el jesuita francés pone en juego otra circunstancia historiadora al transmitir, por medio de representaciones, la praxis que produce el pasado del que habla y no tanto un objeto perteneciente a un pasado lejano temporalmente. Por tanto, las relaciones que tradicionalmente oponen un pasado objetual al presente historiador son alterados por la ficción escriturística, al señalar que toda construcción o interpretación tiene como condicionante el lugar actual que mezcla, en un discurso, lo mismo (el presente de una práctica) y lo otro (la alteridad del pasado), por más que se esfuerce en presentar, en el discurso mismo, una lógica de sucesión que marca una frontera temporal aparentemente incuestionable.

La disciplina histórica es histórica, entonces, no por la referencia al pasado que se sustenta en el relato, sino porque el pasado se reintroduce en el lugar presente de una operación.⁵² Es, como señala nuestro autor, el trabajo del tiempo como impensado en el interior mismo del lugar del saber. La ciencia histórica reintroduce en su praxis todas las condicionantes que aísla en su objeto de estudio. Hablando del pasado, ella expresa, queriéndolo o no, sabiéndolo o no, la historicidad que la determina como conocimiento. De Certeau pretende elevar a un plano reflexivo esta situación (historizar a la historiografía) de ahí que su empresa se entienda como un intento por marcar los límites de una autodescripción históricamente ilustrada de la historiografía. En tal descripción, la disciplina histórica se encuentra determinada por la ambivalencia entre el polo científico y la narrativa histórica. Estos dos planos le son interiores y consustanciales a un grado tal que

⁵¹ “La historiografía también utiliza las ficciones de este tipo cuando construye los sistemas de correlaciones entre unidades definidas como distintas y estables; cuando, en el espacio del pasado, hace funcionar hipótesis y reglas científicas actuales y, de esta manera, produce modelos diferentes de sociedad; o cuando, más explícitamente, como en el caso de la econometría histórica, analiza las consecuencias de hipótesis contrafactuales.” Michel de Certeau, *Historia y psicoanálisis*, p. 53.

⁵² “Esta combinación sería lo histórico mismo: un retorno del pasado en el discurso presente. Más explícitamente, esta mezcla (ciencia y ficción) enturbia la ruptura que instauró la historiografía moderna como relación entre un ‘presente’ y un ‘pasado’ distintos, uno ‘sujeto’ y otro ‘objeto’ de un saber, uno productor del discurso y el otro representado. De hecho, este objeto, *ob-jectum*, supuestamente exterior al laboratorio, determina desde adentro las operaciones. *Ibid.*, p. 68.

la historia no es capaz de renunciar a uno de ellos sin perder su fisonomía moderna.

La praxis investigadora es nada sin la exposición literaria, mientras el discurso sería sólo novela sin la acreditación que la institución le endosa y sin la cientificidad de la que le dota el aparato técnico. La noción literatura no define un conjunto de géneros específicos frente a otros, por ejemplo la novela histórica frente a la poesía. Señala, más bien, lo propio de todo género: es escritura. Todo acto escriturístico, cualquiera que sea el dominio particular al que pertenezca, es ya en sí mismo un acto literario. El acto literario (acto escriturístico) se instituye desde la pérdida de referencialidad que le es propia. Se encuentra dominado por la pérdida de realidad, por la ausencia de lo real que determina toda construcción discursiva. Por eso, escribió De Certeau, la escritura (es decir, la literatura) consiste en cubrir ausencias produciendo representaciones. Escribir es la puesta en marcha del *duelo*: “La historiografía es una manera contemporánea de practicar el duelo. Se escribe partiendo de una ausencia y no produce sino simulacros, por muy científicos que sean. Pone una representación en lugar de una separación.”⁵³

Eso es la literatura, un proceso que cubre la pérdida con un simulacro escriturístico. En estos dos polos se localiza uno de los problemas epistemológicos centrales de la historia. Los procesos característicos de la operación científica consisten en darse un objeto de estudio y delimitar las modalidades de tratamiento pertinentes. Es un proceso de extracción, señala De Certeau, al que le sigue una inversión. Las unidades aisladas por la lógica de la investigación son sometidas a un desgaste escriturístico. Así, al trabajo de aislar un objeto por medio de prácticas le sigue el “gesto literario” de esa praxis, es decir, “un discurso que nos cuenta una historia”.⁵⁴ Pero el paso de la praxis investigadora a la construcción textual no puede ser abordado de manera aproblemática. Ya señalé que la diferencia o la alteridad no sólo se refieren a la relación pasado objetual-presente historiador, sino que pertenece a la lógica operativa de la historiografía. Por tanto, se puede decir, tal y como hace De Certeau, que el texto invierte la lógica que gobierna la investigación historiadora.

⁵³ Michel de Certeau, *La fábula mística siglos XVI-XVII*, traducción de Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1993, 353 p. (El Oficio de la Historia), p. 21.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 36-37.

La inversión escriturística

La historiografía adquiere *status* cognitivo cuando las interpretaciones que construye las hace pasar como interpretaciones de hechos. Sin embargo, lo real postulado en la literatura historiadora no se corresponde con lo real que interviene en el orden de las prácticas. La *figuración* del pasado que produce la ficción disloca el conjunto de procedimientos que constituyen el *hacer* del historiador. Ahora bien, los signos de esta inversión literaria se expresan en tres tipos de coacciones. Una primera se refiere a la diferencia temporal por la cual el relato, introduciendo una seriación cronológica en la exposición, marca como comienzo lo que es el punto de llegada de la investigación. Y a la inversa, el relato, orientándose hacia un punto cronológico, el presente, termina por hacer pasar como producto aquello que es la condición misma de la investigación. En tanto lo cronológico es una representación parcial del tiempo, un tiempo referencial, la escritura puede tomar distancia del tiempo que pasa.

La segunda toma al relato histórico como una *estructura de conclusión* determinada por el *deber de acabar*. Siendo arquitectura estable de elementos, es decir, un *sistema*, se desarrolla siempre siguiendo pautas teleológicas. El fin, anunciado incluso previamente en la introducción, da sentido a todas las partes integrantes del sistema, donde la coherencia no sólo se refiere a la relación de cada parte, sino a la manera por la cual se alcanza la conclusión. Frente a esto, la investigación es interminable por el hecho de que ahí funciona una “táctica de la desviación en lo referente a la base proporcionada por los modelos”, siendo contradicha por el sistema. La tercera se refiere a la obligación dada al sistema de ser estructura plena, sin huecos o lagunas que destruyan su propia coherencia. Más aún, como sistema opera llenando lagunas y tapando los huecos con producciones de sentido. Mientras la investigación capta como límite al pasado, como laguna (lo que no es más), por tanto ella acepta el reto de la carencia.

Para De Certeau la inversión introducida por estas coacciones, el orden cronológico, el sistema de coherencia que se impone a las desviaciones y, finalmente, la ocultación de la carencia, convierten el discurso en una imagen invertida de la práctica. Aunque habrá que reconocer que la escritura se encuentra controlada por la praxis, al mismo tiempo funciona como su instancia de inversión. Lo es cuando hablando de la carencia la oculta, cuando esquiva las desviaciones y cuando, marcando puntos como en un mapa, crea una cartografía

cronológica de la muerte y la exorciza.⁵⁵ La escritura historiadora, sin embargo, es esfera productiva. La producción ficcional no consiste sólo en la presentación de los resultados a los que llega la investigación. Va más allá de toda cualidad simplemente expositiva. Los modelos del pasado que construye el historiador discursivamente no coinciden, sin más, con los modelos teóricos y metódicos que intervienen en su praxis investigadora. Esto constituye la señal de otra lógica de la inversión: ella, como discurso, como sistema de coherencia, es una *construcción desdoblada*.

Es una instancia en la que actúan dos planos diferentes: una *semantización*, es decir, un aparato o modelo conceptual aislable pero que debe encontrar expresión en un desarrollo narrativo. La mixtura propia del discurso, que pretende conjugar la *semantización* con la *narrativización*, en realidad problematiza el paso de un contenido verdadero a una expansión como sucesividad temporal de corte narrativo.⁵⁶ Estos dos términos *heteróclitos* internos al discurso historiográfico son contradictorios a grado tal que la *narrativización* erosiona paulatinamente la *semantización*, es decir, el contenido de verdad al que se dirigen los modelos conceptuales son desgastados por la resistencia y expansión del relato, de ahí que los enunciados narrativos no puedan ser acreditados desde el tipo de predicación, falso o verdadero, que le es inherente a todo sistema conceptual.

Por eso para De Certeau el paso de uno a otro género, es decir, de la *semantización* a la *narrativización*, significa un proceso por el cual la “verificabilidad de los enunciados se sustituye constantemente por su verosimilitud”.⁵⁷ Los criterios lógicos para decidir sobre la verdad de las proposiciones en los sistemas conceptuales, criterios para distinguir entre enunciados verdaderos y falsos, no encuentran cabida en la expansión narrativa, por lo cual es ella la que le imprime una forma diametralmente diferente al discurso historiográfico: los criterios por los cuales son valorados los enunciados narrativos tienen que ver, más bien, con la plausibilidad. De ahí la importancia que adquiere la *autoridad* para la esfera del discurso, pues permite cubrir la pérdida de rigor científico por medio de procedimientos literarios que aportan *confiabilidad*. La institución, por lo demás, actúa en el mismo sentido.

⁵⁵ Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, p. 101-103. Todas las referencias incluidas en el párrafo de arriba corresponden a esta paginación.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 108-109.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 110.

De Certeau destaca en este plano el papel que cumple la cita como procedimiento literario: es el medio de enlazar al texto con su exterioridad semántica, de hacerse pasar como aquello que asume una parte de la cultura y de asegurar credibilidad referencial.⁵⁸ La cita, por tanto, dota de autoridad al discurso historiográfico al tiempo que introduce un “cierto efecto de lo real”, pero no desde un punto exterior sino desde el orden del discurso mismo. Por eso De Certeau habla de *metalenguaje*, pues la relación que guarda el historiador con sus fuentes citadas se articula, en el discurso historiador, como una relación entre el lenguaje del primero y el lenguaje propio del segundo, con una diferencia notable respecto del sentido tradicional de la noción metalenguaje: el historiador no domina la distancia que se establece entre ellos, de ahí que su léxico no se distinga formal y lógicamente de la lengua que interpreta.⁵⁹ El procedimiento es textual. En el espacio de la página el historiador conecta su texto con otros textos, eso es la cita: un sistema de enunciados (los del historiador) sostenidos por una referencia a otros sistemas de enunciados (los de sus fuentes).

La autoridad y plausibilidad del discurso historiográfico se sostiene por esa referencia a lo *ya dicho*, no a lo mostrado detrás de lo dicho, es decir, no por medio de una verificación empírica de enunciados que permita contrastar realidad y discurso. “El ardid de la historiografía consiste en crear ‘un discurso eficaz disimulado en el que el verificador aparente no es otro que el significado de la palabra como acto de autoridad’.”⁶⁰ Ése es el poder productivo de la ficción; es decir, pasando de la semantización a la narrativización, de un género a otro, paso que es señal de una metáfora, apuntó De Certeau, el saber histórico puede articular coherencias (los historiadores llaman a ello proceso histórico) donde no las hay, armar modelos de actuación desde cuadros pasados, aparentar explicar cuando narra, pero todo esto en términos de simbolización: diciendo algo sobre el pasado, incluso *fingiendo* que se aplica sobre capas de realidades anteriores, dice o significa otra cosa: un trabajo que se orienta hacia los “desgarrones del tiempo”.

Es la metáfora la que no sólo permite el paso de un género al otro, sino la que establece el *carácter entimemático* de la explicación histórica, la que opera en la relación intertextual con la cita, la que alienta el acto de referencia hacia lo ya dicho como autoridad; en suma, la que

⁵⁸ *Ibid.* p. 111.

⁵⁹ *Ibid.*

⁶⁰ *Ibid.*, p. 112.

hace que el discurso historiográfico en lugar de mostrar o describir simplemente los acontecimientos pasados, los signifique.⁶¹ La inversión literaria en que consiste el relato asume la tarea de significar la diferencia yendo más allá de lo dicho, pero esa inversión no es otra que la que pone en juego la metáfora en el discurso historiográfico. Proporcionando a la muerte una representación, el saber histórico hace del relato una metáfora: es un rito de entierro ya que con las tumbas que ofrece la escritura desmarca el lugar presente de los vivos.⁶² Tiene como función llevar al lenguaje lo que significa el pasado para nuestro espacio actual de intercambios, sostiene nuestras referencias a la otredad; en suma, es la manera por la cual nos enfrentamos a la violencia del tiempo.

Como se ve, muchas cosas actúan en el mismo lugar, es decir, en la metáfora, introduciendo el movimiento de una fabulación equívoca en los modelos historiográficos que se dicen como literatura y de ahí hasta el desarrollo narrativo de una serie de eventos. Pero lo equívoco tiene que ver, además, con la aparición de otro retorno en el seno del saber histórico: la de aquellas figuras que más se han resistido a la cientificidad, lo afectivo, las creencias, la temporalidad. Al igual que en la mística, la metáfora en la historia desplaza, altera y seduce por medio de imágenes.⁶³ Su ley es ocultar, por tanto, la nada, llenar con sentido los vacíos dejados por los conceptos de que se sirve el historiador. Los juegos metafóricos, como juegos de lenguaje, evocan imágenes del pasado que pueden contarse en leyendas, haciendo de la historia el mito moderno: esa extraña combinación de trabajo científico y ficción literaria, de operación y escritura.

En este capítulo me he interesado por las modalidades de descripción del saber histórico a partir del derrumbe del modelo prescriptivo y general articulado desde la filosofía de la ciencia clásica. Los últimos intentos por reactualizarlo y que se resumieron en el modelo

⁶¹ *Ibid.*, p. 116.

⁶² "La escritura tiene una función simbolizadora; permite a una sociedad situarse en un lugar al darse en el lenguaje un pasado, abriendo así al presente un espacio: 'marcar' un pasado es darle su lugar al muerto, pero también redistribuir el espacio de los posibles, determinar lo que queda por hacer, y por consiguiente utilizar una narratividad que entierra a los muertos como medio de fijar un lugar a los vivos." *Ibid.*, p. 116-117.

⁶³ "Los juegos lógicos que se desarrollaban en el interior de un sistema lingüístico estable, los reemplaza con 'transformaciones' de un sistema en otro y por usos o reutilizaciones inéditas en cada campo [...]. Remite a una pragmática de la comunicación entre sitios (o "experiencias") inconexos. Tiende también a superar esta diversidad, a unir, a través de mil desviaciones, los elementos; a restaurar una unidad de tipo dialógico." Michel de Certeau, *La fábula mística siglos XVI-XVII*, p. 146-147.

nomológico deductivo, mostraron la necesidad de repensar la historia recurriendo al conjunto de sus particularidades. De entre ellas fue destacando, por supuesto, la narrativa histórica. Pero lo que se hizo evidente en el desarrollo de la discusión es que, circunscrita sólo a la narrativa como característica central, la historia ha venido a perder la posibilidad de diferenciarse del campo literario. Esto puso en entredicho todo ejercicio de fundamentación como saber. Por eso resulta importante la aportación de Michel de Certeau. Un proceso de investigación como campo de praxis científica, por un lado, y una construcción narrativa como forma literaria, por otro, señalan al terreno historiográfico como aquel que legítimamente puede lograr una nueva autodescripción de la disciplina. En esta discusión se ha revelado algo que me parece crucial. Como ciencia productora de significaciones sobre el pasado, la historia requiere del proceso metafórico tanto en el ámbito de la matriz disciplinaria como en el sustrato literario de sus representaciones. Debo abordar, entonces, el problema siguiente: ¿en qué consiste la función metafórica y por qué ahora encuentra cabida en el campo de la ciencia histórica? ¿Qué papel específico juega en la producción de conocimientos sobre el pasado? De manera más precisa, ¿qué podemos pensar por interacción y por referencia metafórica? Para tratar de contestar a esto voy a recurrir a la tradición fenomenológica. Esta tradición se ha singularizado por llevar la metáfora al nivel de un problema central en el orden de la reflexión filosófica; desprendiéndola de las implicaciones metafísicas, ella muestra la naturaleza hermenéutica de lo metafórico y su importancia para abordar la cuestión del conocimiento humano sin tener que reducirlo a la perspectiva de la filosofía de la ciencia.

